

Es la Hora

de Roberto Giovine

Rubén se levantó de la cama tratando de hacer el menor ruido posible. No había podido dormir en toda la noche, un poco por el dolor de pecho, pero, sobre todo, por los nervios y la angustia de lo que iba a pasar ese día. Su esposa, Mariela, que tenía el sueño muy liviano, dormía a su lado; y las mellizas, que dormían en otra habitación, apenas escuchaban un ruido venían corriendo y desbarataban toda la casa, y el necesitaba tranquilidad, para escuchar en la radio, algún programa que hablara de All Boys.

Besó la camiseta. Se la puso, como hacía todos los sábados que había partido, se terminó de vestir y fue a la cocina. Prendió la radio y busco en el dial algún programa de fútbol, pero a esa hora de la mañana todavía no había nada. Recorrió todo el dial sin tener éxito; así que, decidió hacer el ritual de todos los sábados; ir a la cancha, abrir los brazos en cruz contra la pared, rezar un Padre Nuestro, besarla, acariciarla y darle las gracias. Muchos lo habían visto hacer esto, pero nadie decía nada, porque cábalas son cábalas. Después iba a comprar facturas, volvía a su casa y preparaba el desayuno para toda su familia.

El sol entibiaba su cuerpo, era un día hermoso, nada podía fallar. Había llegado el final del campeonato, All Boys jugaría su partido decisivo con Excursionistas en la cancha de Huracán a falta de una fecha, y si lo llegaba a ganar, no sólo levantaría la copa de la B, si no que por primera vez pasaría a Primera y pelearía el campeonato con los grandes. Cuando Rubén doblo por Seguro, donde estaba la panadería, venía un viejo, que él había visto un montón de veces por el barrio, siempre muy bien vestido, con una gorra azul de jugador de golf, zapatos muy lustrados, anteojos negros y un bastón blanco que golpeaba rítmicamente en la vereda. Él no le prestó demasiada atención, pero cuando pasó a su lado, el viejo dijo con una voz profunda “ Te llegó la hora, nos tenemos que ir”. Rubén se acercó a preguntarle que le quería decir, pero el dolor de pecho se hizo más agudo, se le aflojaron la piernas, le latían la sienes, se quiso apoyar contra la pared pero no pudo, se fue derrumbando lentamente hasta quedar tirado en la vereda. Lo último que sintió fue el grito de una mujer pidiendo que llamaran con urgencia una ambulancia.

Cuando volvió a ver y a escuchar, estaba dentro de un cajón en la casa de velatorio, la bandera de All Boys le tapaba desde los pies hasta la mitad del cuerpo, tenía las manos cruzadas y no podía moverse pero escuchaba y veía todo, el viejo estaba ahí, en un rincón, ¿quién lo había invitado?.

Mariela lloraba desconsoladamente. Al lado, su amigo “El Colo” le hablaba casi en secreto, no podía escuchar lo que decía, “Espero que este desgraciado no se la quiera levantar... todavía no me enterraron”, pensaba. “El Colo hablaba y hablaba, detrás de él estaba Larguirucho y en la otra punta de la sala toda la barra, todos los muchachos, sus compañeros y amigos de la popular.

Mariela decía que no con la cabeza, pero El Colo insistía, e insistía, hasta que por ahí,

Mariela ya cansada, agotada, dijo que sí.

El Colo se levantó, sacó del bolsillo de su camisa una radio chiquitita, comprobó que estaba sintonizada donde él quería, se acercó al cajón y dijo “Escuchalo hermano”. Le puso el audífono en el oído al finado, y la radiecito al costado del cuerpo. Enseguida se fue toda la barra a ver el partido.

El primer tiempo pasó con mucho nervio, mucha patada, cero a cero se había mantenido, pero a mediados del segundo tiempo, Benítez, pega un zapatazo fuera de la media luna, la esférica hace una comba y se clava en el ángulo izquierdo y el guardavalla no puede hacer nada para evitar el gol, por una milésima de segundo, ante lo inesperado, la hinchada de All Boys se queda muda, el referí tocó pito y marcó el centro y el grito de gol fue tan ensordecedor que tembló todo Parque Patricios.

A Rubén el grito le nació en el estomago, le subió a la garganta y haciendo un terrible esfuerzo gritó “¡GOOOOOOL!”. Mariela dio un salto y quedó al costado de la cama, moviendo las piernas como quien esta precalentando para una maratón de 40 Km., las nenas entraron corriendo y llorando se abrazaron a las piernas de la madre ante el grito del padre. Todo había sido un sueño.

Rubén dijo “¡¡Estoy vivo!! ¡¡Estoy vivo!!”, Mariela le contestó “ ¡Claro que estás vivo! ¡Pero además de vivo estas loco!, tenes que ir a un médico, me vas a matar de un susto” Rubén se reía, se vistió, sacó plata del cajoncito de la mesita de luz y le dijo “Poné la pava, que ya vengo con las facturas”.

Rubén salió, fue a la cancha, hizo su cábala de siempre y cuando llegó a Segurola, a treinta metros vio que venía el viejo ciego con su bastón blanco, giró sobre si mismo y salió corriendo, diciendo en voz alta “¡Hoy no me llevás!”. Para llegar a la panadería, tuvo que dar una vuelta a la manzana.

Ese día las cosas salieron como las había soñado, el gol lo hizo Benítez, aunque no fue tan impresionante, y hoy, después de cuarenta años, Rubén, El Colo, Larguirucho y alguno que otro que todavía tenga fuerzas, se sientan en la platea los sábados que hay partido, para disfrutar del espectáculo. Nunca falta algún grupo de jóvenes que les pregunten como fue esa tarde de octubre del ´72 cuando All Boys subió a Primera, ellos cuentan cada jugada como si las estuvieran viendo.

Pero lo más extraño de todo, es que por las calles de Floresta, un viejo ciego, con un bastón blanco y una gorra azul de golfista sigue caminando tranquilamente por el barrio sin que nadie le preste atención.

FIN